

En el Kyudôkan de Yuchoku Higa



Pedro Martín González

Pedaleé con vehemencia desde Tomari, cruzando la avenida Kokusaidori, para adentrarme en las callejuelas de Shuri y detenerme frente al jardín de la casa de Yuchoku al frescor de una brisa que serenaba, al fin, la cálida tarde de Naha.

Después, en un acto de fe, crucé ese velo frágil que separa ambos mundos -el real y ese otro, no menos verdadero por imaginario- para encontrarme con él en la espesura del recuerdo.

Quería verlo practicar, entregado, en lo mejor de sus primeros años, al Okinawa-te de sus ancestros y traerlo aquí una vez más, alejándolo del mundo de los muertos, acometiendo el imponente makiwara, sosteniendo grandes chi ishi, trabajando kobujutsu, recreando sin dilación naifanchi.

Cuando el ruido de las chicharras hubo cubierto la noche tibia, Higa se detuvo a pensar su último kata. Ya cansado, dejó caer los ojos para regresar a sus años de infancia, escapar de los consejos de Gichin Funakoshi, alejarse del shime de Chojun Miyagi, de Jiroma y Shinshato más tarde, para llegar, y no regresar jamás, al dôjô de Chosin Chibana.

Yo, único observador allí presente, desperté también cuando Sachiko, la esposa del Sensei, me hizo regresar a mi presente.

- *"Es tarde, he de cerrar el dôjô. Regresa mañana, si lo deseas"*. Me dijo discreta.

Me marché agradeciendo su acogida, la posibilidad, sola, de aquellas dos horas de recogimiento en el interior de un mito de la historia de Shorin ryû, deteniendo la mirada en el fondo de los ojos de la fiel compañera del maestro, queriendo ver en ellos un halo de nostalgia, ése que le traería a la memoria tantas tardes cálidas, tantas noches tibias cuando en aquel jardín, ahora silencioso y vacío, crujirían los karategis, retumbaría el sonido seco de los postes de madera o gritarían exhaustos los uchi deshi sus más sinceros kiai.

- *"¿Hay algo así, más allá de los límites de esta isla?"*. Me preguntó Sachiko.

Kenshinkan dôjô 2020